

Cedulario

Temáticas: 60x122 cm.
Subtema: 30 x60 cm.
Objeto: 21 x 27 cm.

Prácticas funerarias en el México Prehispánico

Las prácticas funerarias son actos sociales que inician con la muerte física de un miembro de la sociedad y se realizan con la finalidad de transportar al difunto a un nuevo estado; son un vehículo para solucionar los sentimientos de pérdida y para reconstruir las relaciones sociales entre las personas que le sobreviven.

Desde la Arqueología, las prácticas funerarias nos permiten conocer diversos aspectos biológicos y culturales de las sociedades del México Antiguo. La forma de enterrarlos, la posición y los objetos asociados son fundamentales para comprender las creencias particulares de dichas sociedades. En ese sentido, se han registrado entierros directos e indirectos, es decir, colocados sobre la matriz de suelo o depositados en un lugar construido ex profeso para ese fin; entierros primarios –donde los restos óseos guardan una relación anatómica–, o entierros secundarios –donde las partes del esqueleto no conservan una relación derivado de la práctica de segundas exequias o de algún ritual funerario– y entierros en diferentes posiciones: extendidos, flexionados, sedentes y laterales, además de las combinaciones de éstas.

Conforme nos adentramos en los distintos periodos y culturas mesoamericanas, aparecen nuevas costumbres y rituales relacionados con la muerte y el tratamiento dado al cadáver. Cada sistema dependía de la cosmovisión, del pensamiento religioso y de la forma de ver la vida y la muerte. De tal manera, contamos con entierros dentro de grandes ollas, debajo de los pisos de las casas, en cuevas o abrigos rocosos, en tumbas y fosas; otras prácticas involucran desmembramientos, cremaciones y bultos mortuorios. Hasta el momento, en el Estado de Querétaro se han registrado bultos mortuorios en abrigos rocosos, entierros dentro de ollas, en fosas excavadas ex profeso y un sistema no registrado antes: un entierro dentro del perfil del lecho de un río.



La naciente realidad novohispana y las prácticas funerarias

La invasión europea propició cambios significativos en la realidad preexistente de los pueblos nativos americanos. Las transformaciones, a lo largo del periodo novohispano, afectaron todos los ámbitos materiales e intangibles. La composición social de la población fue un espacio donde la nueva realidad fue más evidente. Al comienzo, en las primeras décadas del siglo XVI, sólo indios, negros y peninsulares integraban la estructura social. Posteriormente, como resultado de la interacción social en la vida cotidiana, el escenario poblacional se diversificó, hasta conformar una sociedad sumamente heterogénea. Ejemplo de ello fue, ya en el siglo XVIII, la concepción popular de la existencia de diversos estamentos raciales conocidos como castas. Otro aspecto crucial del nuevo orden fue el ataque a la cosmovisión de los pueblos originarios, a través de la política de evangelización, que consecuentemente alteró su sistema religioso y por ende simbólico. Igualmente, los primeros años fueron de difícil tránsito, a partir del siglo XVII los diversos actores sociales habían logrado adaptarse a las nuevas condiciones. El naciente escenario social trajo como resultado la existencia de múltiples concepciones de la muerte, así como de prácticas funerarias. Sin embargo, el proceso de cambio no fue homogéneo, dependió del éxito de las acciones de resistencia por parte de los pueblos indios y de los intereses de los invasores hispanos. En ese sentido podemos decir que en el Altiplano Central los cambios fueron más profundos y evidentes, mientras que en las zonas periféricas fueron de menor intensidad, prevaleciendo muchas de las prácticas de la época anterior a la irrupción española. En este escenario, y con relación a los ritos en torno a la muerte, la residencia en ciudades o fuera de éstas condicionó las manifestaciones funerarias. Mientras que en los ámbitos urbanos (como México, Puebla y Querétaro) coexistieron inclusive hubo procesos de fusión. En el medio rural prevaleció el sistema de prácticas del sector demográficamente mayoritario, ya fuesen indios, negros, mestizos o hispanos.



Antes de nacer... después de morir.

La transformación del cuerpo humano en las culturas indígenas de Querétaro expresa la constante trascendencia de la persona; apoyados en objetos, sueños y animales, aquellos que han muerto animan con múltiples texturas y formas la memoria del pueblo, compartiendo las tortillas en los altares, en los últimos sollozos de los velorios, en la reflexiva noche y los jalones de cabellos durante los sueños, durante la cura del espanto, a partir de la comunión con los gigantes, y a partir de los actos propiciatorios del arribo anual de los difuntos, con el aleteo ocre de las mariposas otoñales; así, la muerte desborda vitalidad en signos que dan figura a quienes duermen en los camposantos, abrigados por la tierra y las flores.

Para los de las comunidades de Amealco y de Tolimán, la vida y la muerte se observan como dos momentos distintos de la existencia, la vida como un proceso de maduración gradual, la muerte como una transformación que redefine la vida, más allá del cuerpo humano, transformando la convivencia entre las personas, la organización y reproducción de lo que les hace ser otomíes (*ñāñba*) o otomí-chichimecas (*ñāñba*).

